

los bosques, los jardines, las montañas y los vergeles con sus magníficos naranjos. La construcción del puente de piedra de una sola arcada, que atraviesa el riachuelo tributario del Oronte, es hija de la mas remota antigüedad, si hemos de dar crédito á las tradiciones locales y á las aserciones de los historiadores.

En la estremidad del *bajalato*, ó provincia de Alepo, á las márgenes de Eúfrates, veremos á Membig, corrupción turca de Mabog, nombre siríaco de Hierópolis, cuyos muros aun subsisten. Hierópolis prestaba culto á la Venus Astartea, que se representaba medio muger y medio pez, y á quien servían trescientos sacerdotes en un templo magnífico, del que sacó tesoros Craso con sus legiones romanas. La costa de Alepo y Trípoli es malsana, pero el mismo calor húmedo que desarrolla en ella los gérmenes de pestilencia, la cubre de admirable verdor y lozanía. Los naranjos, limoneros, granados y jazmines amarillos y blancos forman aquí bosques inmensos y encantadores. Este es con efecto el pais sorprendente del que decia Ammiano Marcelino que estaba lleno de gracia y belleza, y del cual mas tarde dijo Byron que *todo era allí divino, excepto el espíritu del hombre*.

Trípoli es una ciudad de mas que mediana estension, cerca de la embocadura del Nahr-el-Kadich, fortificada, comercial y cercada de bellos y frondosos jardines. Sobre las faldas del Líbano, comprendidas en esta provincia, se ostentan cedros altísimos y seculares que la gente de Oriente hace subir en su origen á los tiempos de Salomon. Preciso es convenir en que hay cosas muy durables aun en las obras humanas, cuando vemos aun las columnas inmensas, el pórtico, las esculturas admirables que recuerdan el palacio y el templo del Sol de la soberbia Heliópolis.

Bejrout y Latakieh, son dos puertos importantes. El primero, residencia de los cónsules europeos, es por escepcion un pueblo muy sano, bastante comercial y que camina á desarrollarse hace tiempo. Latakieh ocupa el lugar de la antigua Laodicea, y en su recinto se ven todavia un arco triunfal y algunas catacumbas, pero lo que la enriquece es su tabaco, del cual aseguran la mayor parte de los orientales que lo fuman, que su narcótico lleva el nombre de la madre de Seleuco Nicator.

Antes de entrar en la Fenicia y la Judea, regiones famosas por tantos y diversos títulos, abandonemos un momento la ribera del mar para trasportarnos á las montañas que nos separan del valle de Oronte. «Después de haber atravesado las colinas que están al Oriente de Trípoli, dice Poccocke, llegamos al cabo de cuatro horas al pie de la montaña del Líbano. Invertimos cuatro horas en subir hasta encontrarnos en un valle cuya situación es de lo mas extraordinario que pueda verse, el cual está cerrado por todas partes con rocas que se pierden de vista, y lleno de árboles, los cuales ocultan casi completamente las aguas del rio Aboualé que por allí se desliza. Corrimos la mitad del valle para llegar á un convento de maronitas, cuya iglesia, que es grande, consiste en una gruta natural, de honda estension, y en la cual se hallan numerosas petrificaciones. Este sitio es famoso por sus excelentes vinos, que los monges guardan en cavidades practicadas en la tierra.

»Yo marché á Cannobina, donde reside el patriarca de los maronitas, por un camino sumamente estrecho. El convento, que dista cerca de tres cuartos de milla de la cumbre de la montaña, se compone de muchas grutas abiertas en la roca, y es el lugar mas agre-

te y solitario que puede imaginarse, y las dificultades que se experimentan para llegar á él, hacen que sea el retiro mas seguro é inviolable. La iglesia es tambien una gruta que recibe la luz por ventanas, en una de las cuales hay colocadas tres campanas.

»A la vuelta encontré á un sacerdote maronita, que viéndome echar pie á tierra, tomó mi caballo por la brida y se empeñó fuertemente en que le acompañase. Condújome, con efecto, bajo un árbol, y me presentó huevos, leche y aceitunas. Estas montañas se hallan habitadas en parte por los maronitas, y en parte por los árabes de la secta de Ali. Al Oriente encontré un pueblecillo llamado Apen, á causa de su situación, de sus aguas y de la fertilidad de sus tierras. A uno y otro lado suyo, hay cascadas soberbias que forman una magnífica perspectiva.

»Al cabo de una hora llegamos por una pendiente muy dulce á una gran llanura situada entre los mas altos montes del Líbano. En la parte del Norte es donde están los famosos cedros, que próximos unos de otros y en union de algunos pinos, forman un bosque de casi una legua de circuito. Los primeros se asemejan de lejos á unos robles espesísimos; el tronco del árbol es muy corto y se divide por abajo en tres ó cuatro ramas, que elevándose juntas á la altura de tres metros, parecen columnas góticas pareadas. Las ramas por arriba se estienden después horizontalmente, y hay árboles de estos que tienen hasta ocho metros de circunferencia. Los cristianos circunvecinos tienen la costumbre de congregarse en ellos el dia de la Trasfiguración, para cuya fiesta se elevan altares en los mas gruesos.

»Anduvimos aun durante tres horas por la nieve y el hielo, y alcanzamos desde lo alto del Líbano una vista que renunciamos á describir por no encontrar frases bastante expresivas para ella. Dos horas mas de camino hácia el Oriente, nos llevaron, por último, á la llanura de Balbeck, al Norte de la cual tiene su nacimiento el Oronte ya citado, famoso en la antigüedad.»

Los maronitas al parecer deben su origen á un ermitaño llamado Maronan, que vivió en las márgenes de aquel rio al fin del siglo VI, el cual por sus ayunos y abstinencias, y por los servicios prestados á los occidentales, adquirió tan grande consideración, que á su muerte se levantó un túmulo y una capilla en Hamah, y se hizo este pueblo lugar de peregrinación. Los maronitas siguen la comunión latina reconociendo la supremacía del papa, y aunque por largo tiempo sostuvieron luchas contra las fuerzas otomanas, Ibrahim, bajá del Cairo en el reinado de Amurat III, los redujo á la obediencia, y les impuso un tributo anual que pagan todavia. Desde esta época los bajás han intentado introducir en estas montañas sus guarniciones, aunque por lo comun han sido rechazados y obligados á capitular.

La población puede dividirse en dos clases, el pueblo y los chaiks, que son los habitantes mas distinguidos, aquellos á quienes la antigüedad de sus familias y el estado de su fortuna les coloca en posición mas ventajosa. Viven todos en las montañas, en los pueblecitos, y hasta en casas aisladas, sino están en la llanura. La nacion entera es agricola, y cada uno cultiva por sí propio la tierra que posee ó tiene en arrendamiento. Aun aquellos que hemos dado á conocer como pertenecientes á la aristocracia hacen lo mismo respecto del trabajo, y todos viven con frugalidad, sin muchos goces y tambien sin privaciones,



pues conocen pocos objetos de lujo. La propiedad es aquí tan sagrada como en Europa, y se viaja de noche y de día con una seguridad desconocida en el resto del imperio, hallando tanta hospitalidad el extranjero como entre los árabes. Con arreglo á los preceptos del cristianismo, ellos no tienen sino una mujer, á quien se enlazan muchas veces sin haber visto, y siempre sin haberla tratado. Por una desconfianza que justifica el estado político del país, todos los hombres, nobles y plebeyos, caminan armados de fusil y puñal. Por el empadronamiento que ha podido hacerse se conceptua que las personas hábiles para tomar las armas ascienden á treinta y cinco mil. Este número, juzgando por los datos estadísticos generales, supondría una población de ciento quince mil almas, cantidad que comparada á la superficie del país, que es de cerca de seiscientos kilómetros, da un resultado de setecientos sesenta habitantes por cuatro kilómetros.

Los sacerdotes, aunque dependientes de Roma, se casan como en los primeros tiempos de la iglesia, si bien no pueden hacerlo mas de una vez, ni con muger viuda. Dicen la misa en siriacó, cada pueblecito tiene su capilla, y cada capilla su campana, cosa desconocida en lo demas de Turquía. Vanidosos los maronitas por las franquicias, y ganosos de conservarlas, no permiten á ningún musulman que habite entre ellos. En el corto espacio que compone el país de los maronitas se cuentan mas de doscientos conventos de hombres y mugeres, siendo de notar la rara circunstancia de que los frailes viven frugalmente y trabajan mucho. La iglesia mas digna de verse está á seis horas de Trípoli, en ella se exorcisa como en los primeros tiempos del cristianismo á los que se hallan poseidos del demonio, ó tienen los malos, como decimos aquí vulgarmente. Por lo visto el diablo anda todavía por este país.

Los drusos son otro pueblo que por su índole de vida y gobierno se asemejan bastante á los maronitas, formando la religión su principal diferencia. No practican la circuncision, ni ayunos, ni oraciones, no observan fiestas ni prohibiciones, beben vino, comen fuerte, y se unen los hermanos. Esto dará á conocer que los drusos no tienen culto, aunque hay que exceptuar una sola clase que tiene usos religiosos. Llámense *ogdals*, que quiere decir espiritualistas, y entre las practicas dogmáticas que ejercen la principal es el celibato. Se les reconoce por un turbante blanco, que afectan llevar como simbolo de pureza, con lo cual están tan orgullosos que se creen mancillados con el contacto de todo lo profano. Si otro come en su plato, ó bebe en su vaso, los rompen. Sus ejercicios están velados de misterios, tienen siempre aislados los oratorios, los sitúan en lugares altos y apartados, y celebran asambleas secretas en la que son admitidas las mugeres. Créese que en ellas practican algunas ceremonias ante una pequeña estatua que representa un buey ó un becerro. Poseen uno ó dos libros que ocultan cuidadosamente, y aseguran los que los han leído que no contienen sino una jerigonza mística cuya oscuridad embaraza sin duda á los adeptos de esta comunión. Por último, la secta de que hablamos está llena de los mas crasos errores y de infinitos escrúpulos supersticiosos.

Los drusos restantes, estraños á dicha religion, carecen por completo de otra alguna, y cada cual se entrega á su carácter, sigue el camino que le parece, y adopta aquellas opiniones que por lo llanas y sencillas se prestan mas fácilmente al entendimiento. A se-

mejanza de los maronitas, los drusos son labradores, y se dividen en dos clases: el pueblo y los notables, llamados chaiks ó emires. El gefe supremo se llama emir, y es una especie de rey ó general que reúne en sí los poderes civiles y militares, pero que no puede hacer cosa alguna importante, tal como cobrar impuestos y decretar la paz ó la guerra, sin acuerdo de los notables, que se reúnen con este propósito en asamblea general siempre que es necesario, y á la que concurre todo noble ó todo plebeyo que en cualquier concepto se distingue. No tienen ejército, pero todos son soldados desde que la guerra está declarada, en cuyo momento agarran un saco de harina, un fusil, pólvora y balas y concurren al lugar designado por el emir.

Cuando la asamblea ha declarado la guerra, suben por la noche á la cima de la mas alta montaña unos pregoneros, y empiezan á gritar: «A la guerra, á la guerra. Tomad vuestras armas, nobles chaiks, armados de lanza y sable; mañana nos reunimos en tal sitio, pensad en Dios y en la guerra.»

Este llamamiento, oído de los lugares vecinos, es sucesivamente repetido, y como todo el país no es mas que un círculo de altas montañas y de valles profundos, los gritos llegan rápidamente á las fronteras. En el silencio de la noche, estos gritos amenazantes que el eco repite largo tiempo, juntos con la naturaleza del objeto que revelan, tienen algo de imponente y temible que influye en los ánimos de todos. La tropa, como debe suponerse, carece de la disciplina que tiene la nuestra; todo el arte del soldado consiste en andar bien por las rocas, y esconderse en sus breñas de modo, que sin peligro probable, puedan hacer una puntería certera y un fuego sostenido.

En los últimos cálculos estadísticos se han contado cuarenta mil guerreros, número que supone una población de ciento veinte mil almas. La superficie del país es de veinte y cuatro miriámetros, de manera que resultan para cada uno dos mil cuatrocientos cincuenta.

¿De qué proviene, pues, dice el autor que nos suministra estos datos, de qué dimana tal afluencia de hombres en tan pequeño espacio? En último análisis, no encontramos la causa sino en el rayo de libertad que allí resplandece; pues á diferencia de los países turcos, cada cual disfruta de su propiedad y de su vida. El labriego no está allí mejor acondicionado que en otra parte, pero al menos vive tranquilo y exento de las violencias del despotismo. Los drusos se creen hombres mas perfectos que sus vecinos porque tienen la felicidad de no haber caído en tanto envilecimiento; y su carácter activo y enérgico hace ver en ello un verdadero espíritu republicano.

No hay pueblo alguno mas hospitalario. Cualquiera que se presenta á la puerta de un druso á título de mendigo ó pasajero, está seguro de encontrar la posada y alimento que necesita, y que se le ofrece con una generosidad agena de toda afectación. Ambos sexos se reservan mucho reciprocamente; las mugeres están veladas, y cada hombre no conoce mas rostro que el de su muger, madre, hermana ó cuñada. Todos viven en familia, y solo de noche se reúnen los hombres en la calle, ó en casa del gefe del pueblo ó de la familia, y aquí con las piernas cruzadas y la pipa en la boca, hablan largamente del producto de los trabajos, de la conducta del emir, de los hechos pasados, de los acontecimientos actuales ó de las conjeturas del porvenir. Los niños suelen suspender sus juegos por



oir estas conversaciones, en las que, asi los nobles como los plebeyos, se tratan con razonable familiaridad, sin licencia ni servilismo.

que hay que temer. Hay que añadir las de los turcomanos, hordas tártaras, que durante la gran revolucion de los califas, abandonaron los pueblos del Este



Druso de la montaña.

Ya hemos dado á conocer las depredaciones que los árabes beduinos por una parte, y por otra los cur- del mar Caspio, diseminándose por la Armenia y el Asia Menor. El lugar de su predileccion es por los alre-



Muger drusa.

dos ejercen incesantemente sobre el comercio del dedores de Antioquia, donde hacen una vida en todo Asia otomana; pero no son estas solas las tribus errantes semejante á la de los beduinos. Hemos creido conve-



niente citarlos aquí como población flotante de la Siria.

Para ir á Damasco hay que atravesar sendas difíciles y lugares en extremo peligrosos. La provincia ó *bajalato* á que da su nombre esta ciudad es de una naturaleza variada, aunque generalmente fértil; las llanuras producen trigo, cebada y algodón, y las colinas están cubiertas de moreras, olivos y cepas, cuyos racimos no sirven para hacer vino, pero si cierta sustancia que reemplaza el azúcar.

Damasco se eleva alpié del Libano Oriental en una vasta pradera que cruzan numerosos riachuelos. Los turcos la denominan *Dimichk-el-Cham*, del nombre de la Siria que es Cham. Damasco, dice Balbi, es una de las mas antiguas ciudades del mundo, y es ya citada en la historia de Abraham. Mas afortunada que sus contemporáneas Ninive, Babilonia y Memphis, Damasco sin haberlas nunca escedido en fama y celebridad, ha sobrevivido á ellas y es todavía una de las ciudades mas bellas y adelantadas del Oriente. Los árabes la citan con entusiasmo, y se envanecen de la lozania y frescura de sus campos, de la abundancia y variedad de sus frutos, y de las limpias y cristalinas aguas que riegan sus contornos. Este es el único punto donde existen casas de recreo aisladas en medio del campo. La ciudad tendrá poco mas de seis kilómetros de circunferencia, y contiene cerca de ciento cuarenta mil habitantes. Sus calles son estrechas y sus casas construidas con ladrillos cocidos al sol. Cada casa encierra una ó muchas fuentes de mármol, con aposentos suntuosos, techumbres ricamente pintadas ó doradas, y por lo general, un patio cerrado con galería circular, que está llena de adornos en las casas opulentas. El lujo, pues, de estos adornos y la pobreza exterior del edificio ofrecen el contraste mas caprichoso y raro que pueda discurrirse. El pueblo es el mas malo de todo el imperio, aun á juicio de los turcos, pues sobre estar adornado de cuantas cualidades malas se advierten en el populacho, reúne ademas cuanto de ridículo, grosero y perverso ha dado de sí la superstición.

Difícil es formarse una idea exacta de las costumbres de un pueblo que aunque diariamente visitado despues de tantos siglos, nos es todavía imperfectamente conocido; cuya lengua ha sido despreciada por nuestros orgullosos sábios, como la lengua de un pueblo bárbaro, y del cual poseemos por consecuencia muy pocos de esos datos infalibles que se sacan de la poesía de un pueblo. Esta dificultad se agrava aun mucho mas con las relaciones exageradas de los viajeros. Los unos han elogiado á los turcos con esceso; los otros no han querido ver en ellos mas que hombres crueles, ignorantes y fanáticos, que han llevado el hierro y el fuego á la hermosa patria de los Pericles y los Demóstenes. Seguramente no es hoy, en que aun humea la sangre derramada en la Grecia moderna y en que tantas lágrimas corren todavía por la muerte de sus héroes, no es en semejantes momentos cuando conviene disculpar á los otomanos; pero la misma crueldad puede censurarse en los verdugos de la Polonia, y esta será la suerte que quepa á la Italia el día en que triunfen los fogosos *carbonarios*. En todas partes la víctima tiene simpatías, si bien las mas de las veces sin resultado á causa del goisimo de los gobiernos, pero vivas y sensibles cuando despiertan el alma de los simples particulares. En todas partes la opresion, fruto amargo que los feroces gefes se complacen en ensangrentar, levanta un grito de maldición y de odio.

Como quiera que sea, seria injusto considerar á los otomanos bajo el mismo punto de vista que á los pueblos europeos, porque mas que una verdadera nacion, son un ejército acampado. Rigen á los pueblos subyugados como una tierra de conquista, y los tributos impuestos á los súbditos no son á sus ojos mas que un rescate de las cabezas que debian ser cortadas: en los griegos, en los armenios y en los judíos no ven mas que pueblos sojuzgados; ¿y qué interés podrian excitar hombres á quienes ellos designan con el nombre de *perros*?

Orgullosos con los extranjeros, no deponen su exterior altanero sino ante aquellos á quienes reciben como huéspedes, y entonces la hospitalidad franca y generosa que les conceden, recuerda la de los antiguos patriarcas. Su caridad para con los pobres no tiene límites, y así lo atestiguan los numerosos establecimientos conocidos con el nombre de *carvanseras*. Los señores acomodados emplean una parte de sus rentas en edificar hospicios y dotarlos, ó al menos en construir en un camino árido fuentes rodeadas de árboles. Con la sensible hospitalidad de los tiempos primitivos, han conservado tambien la piedad mas edificante: jamás un musulman emprende un negocio importante sin haber antes dirigido al cielo su plegaria: en seguida, lleno de confianza en la bondad de Dios, espera los sucesos con una resignacion santa, y cuando le ocurre una desgracia, en vez de derramar lágrimas, humilla su frente hasta tocar el polvo, y se consuela al pensar que Allá lo ha dispuesto así.

Respecto de su habilidad en la guerra, sus títulos son bien gloriosos; basta citar las empresas de Mahomet, de Soliman y de esos guerreros á quien no pudieron resistir ni los esfuerzos desesperados de los Paleólogos, ni el brillante valor de los aguerridos soldados del Ródano, ni la audacia de los aventureros italianos que mandaba Minotti. Si los turcos modernos se hallan en este punto lejos de sus antepasados, no es porque haya degenerado su valor, sino porque hoy que la sangre fria y el cálculo han reemplazado al fogoso espíritu guerrero de los antiguos, y deciden solos de la suerte de los combates, los ejércitos otomanos, mal disciplinados, sin táctica y teniendo solamente una artillería mezquina y mal organizada, no pueden luchar con las naciones de Europa que les llevan estas ventajas.

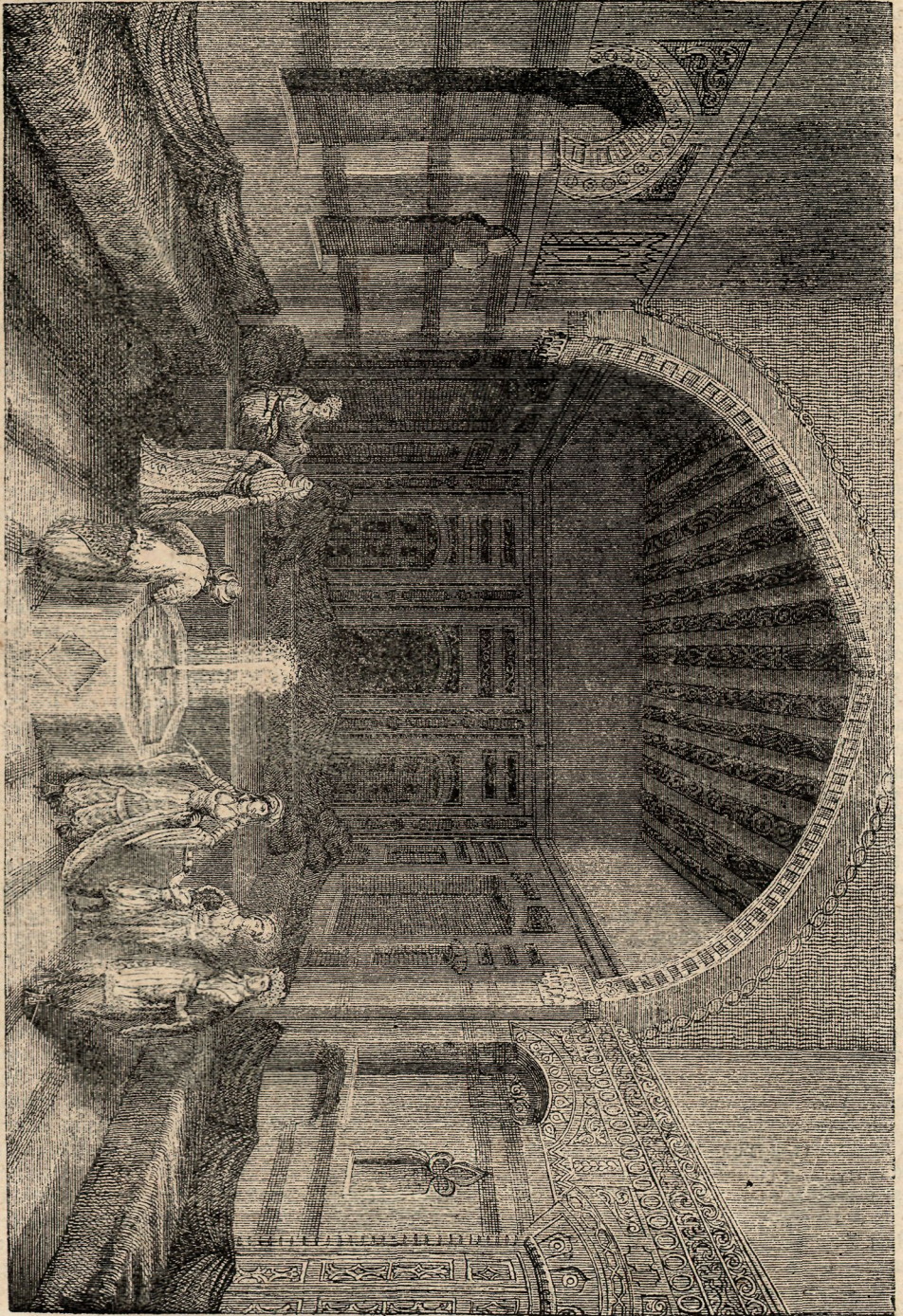
Su gobierno en tiempo de paz es todavía mas ruinoso. Un déspota débil en los momentos difíciles, que goza de un poder ilimitado para hacer el mal; venalidad escandalosa que entrega las plazas al que mas ofrece; ministros rapaces, sacerdotes ignorantes y fanáticos, tales son las plagas que minan el imperio otomano. Así es como vá perdiendo de día en día su fuerza, y pronto cesará de contarse en el número de las naciones. Verdad es que sus últimos soberanos han intentado útiles innovaciones; pero algunos han pagado esta temeridad con su cabeza, y necesaria ha sido una horrorosa mortandad para que Mahamad pudiese destruir el cuerpo de genizaros, siempre dispuesto á sublevarse. Tambien ha introducido otros cambios en las costumbres de sus súbditos; pero estos progresos son lentos, y su fruto será sin duda muy tardío, mientras que el imperio está abierto por todas partes á las tentativas de ambiciosos vecinos.

Fuera de los tiempos de guerra el turco parece olvidar, en la tranquilidad de su retiro, las penas de esta larga peregrinacion que se llama vida. Para él la existencia no es mas que un feliz sueño que debe concluir en el sepulcro; un banquete cuyas delicias es



menester saborear á toda prisa. Grave, silencioso, indiferente á todos los mezquinos intereses de la tierra, pasa sus dias muellemente recostado sobre los cogines

de ojos negros. Para ahuyentar el tédio, sus mugeres forman en turno suyo coro de danza que acompañan las canciones voluptuosas y la dulce armonía de los



Divan turco en Damasco.

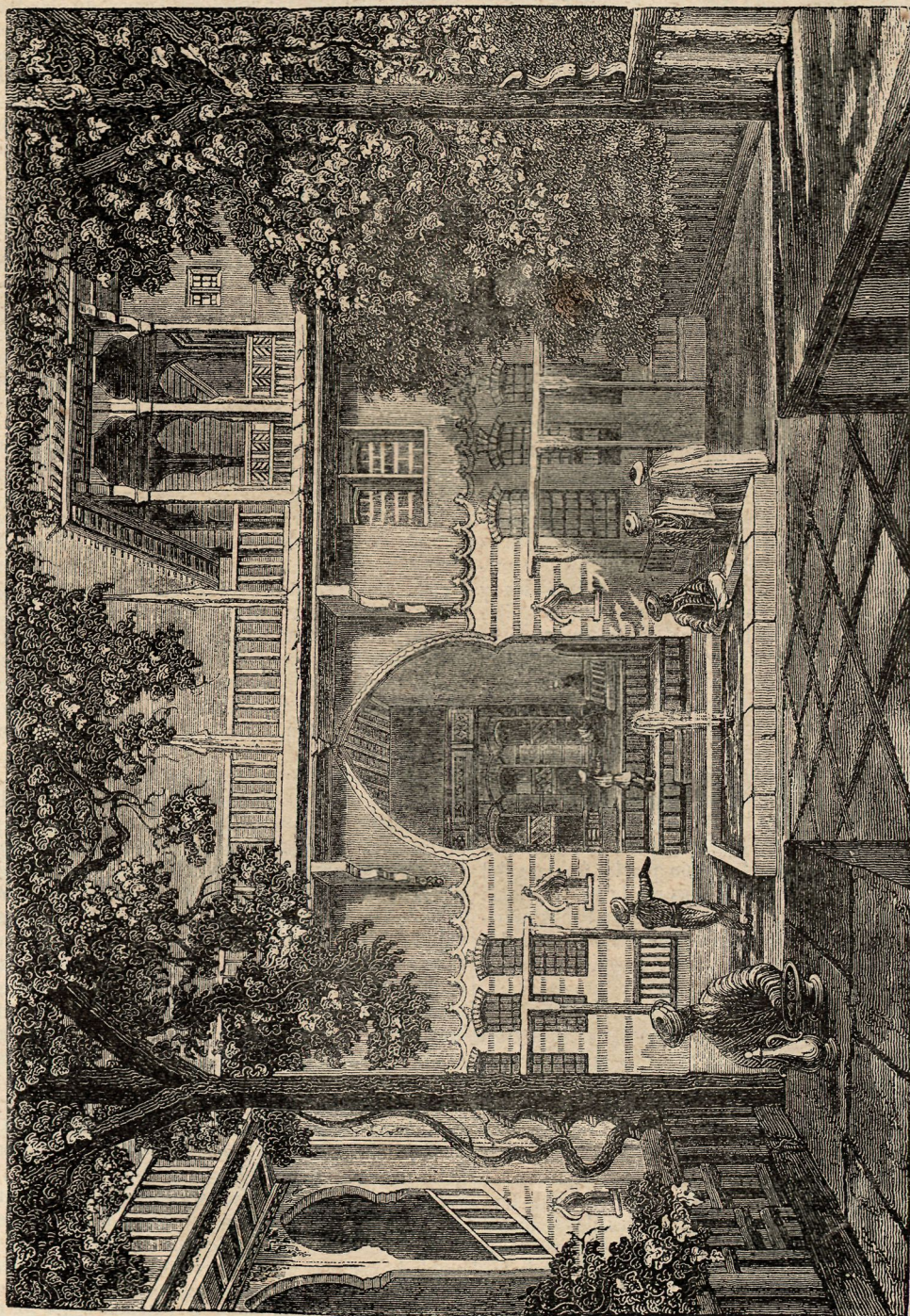
de su sofá, en medio de las nubes odoríficas de su brasero de perfumes ó de su pipa de boquilla de ambar. Saborea su café de Moka, y el opio lo trasporta en sueños al paraíso de Mahoma, donde brillan las huries

laudes. Después de la comida de la tarde hace las abluciones de costumbre, dirige al cielo su plegaria cuando la voz del muezin se oye desde lo alto de los minaretes, y se duerme en medio de los delirios de



amor en los brazos de su bella esclava de Circasia. Las mugeres aunque escrupulosamente guardadas, no por eso están privadas de toda libertad, como dicen ciertos viajeros. Desde luego se aseguran una especie

gracias á ciertas mugeres judías ó armenias que tienen libre entrada en los harenes. Dícese que ciertas flores arrancadas de tal ó cual modo pueden sostener una correspondencia amorosa, y se citan hermosos aventu-



Interior de un patio en Damasco.

de independencia por medio de su dote, cuya propiedad les pertenece; y el uso de la poligamia es bastante raro, aunque el Coran permite casarse con cuatro mugeres. Además saben vengarse de un marido infiel,

reos introducidos en el temible encierro á pesar de los ojos perspicaces de los eunucos. Sobre todo los cementerios turcos, plantados de plátanos y de cipreses son célebres por este género de citas.